



Ilustraciones de Alessandra Vitelli

Ligera como una pluma

Anna Lavatelli



Norma

Ligera como una pluma

Ligera como una pluma

Anna Lavatelli

Ilustraciones de Alessandra Vitelli

 **Norma**

www.librerianorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José, San
Juan, Santiago de Chile.

Ligera como una pluma

© Anna Lavatelli, 2013

© Ilustraciones, Alessandra Vitelli, 2013

© Grupo Editorial Norma S.A.C., 2013

Av. Frutales 101 - Ate

Lima, Perú

Teléfono: 710-3000

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso por Editorial Impresora Apolo S.A. de C.V.
Centeno 150-6, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810,
México, D.F.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Primera edición, julio de 2013

Primera reimpresión México, junio de 2016

Dirección editorial: Ruby Paravecino

Edición: Fiorella Bravo

Diagramación y armada: Melchorita Tapia

C.C.: 29012263

ISBN: 978-607-13-0475-9

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú: 2013-06097

Registro de proyecto editorial: 31501311300236



Contenido

Cómo empezó	9
Cómo continuó	15
Cómo cambió	33
Cómo terminó	47



Cómo empezó

La señora Luciana Gordoso vivía en el séptimo piso de un edificio muy alto en el centro de la ciudad.

Allí nació, allí vivió sus primeros años de niña, de adolescente y de joven. Allí se convirtió en adulta y luego en una señora de mediana edad, una mujer que trabajó duro hasta el esperado día de su jubilación.

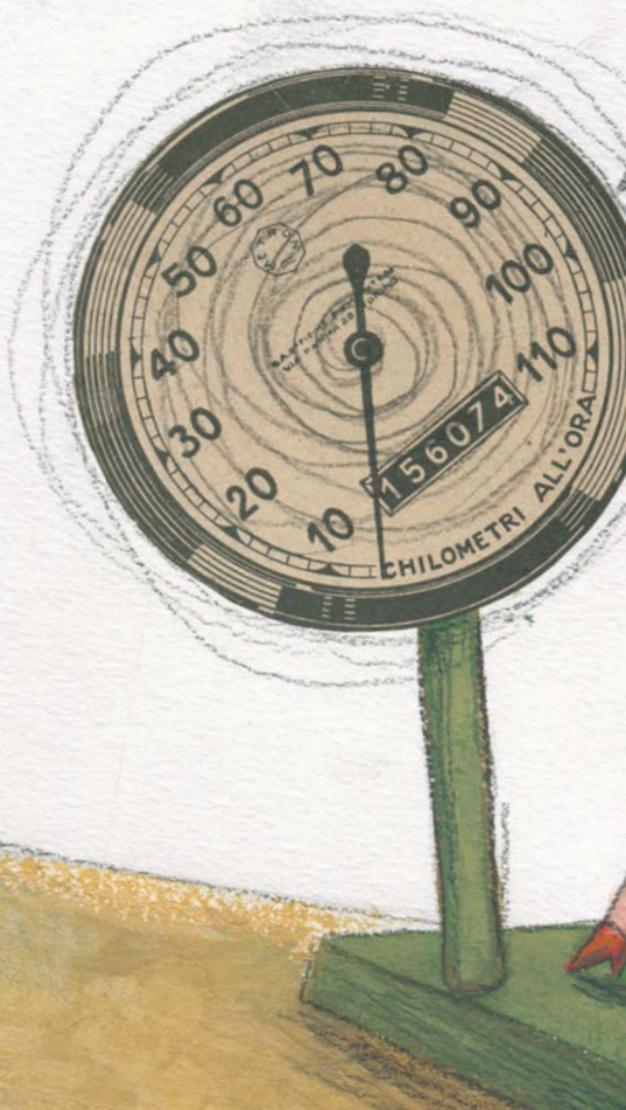
Pero después de su jubilación no volvió a salir de su departamento.

¿Por qué?

Es sencillo de explicar.

Sucedió que la señora Luciana Gordoso comenzó a engordar, a engordar y a engordar hasta que llegó el momento en que no podía pasar por la puerta.

Bueno, ¿pero no se podía agrandar la puerta?





En efecto se podía, y pidió permiso en la asamblea del condominio del edificio, pero un coro de “NO” se alzó por todas partes.

12

—Las puertas no se agrandan, deben ser todas iguales para dar armonía al edificio —dijo el señor Leopoldo Tuertos—, además, disculpen, me pueden explicar..., una vez que esté en el pasadizo, ¿qué hará? Porque ella, así gorda como está, de seguro no logra entrar en el ascensor, ni subir ni bajar las escaleras desde el séptimo piso...

El señor Leopoldo Tuertos dijo exactamente eso, en la cara de la señora Gordoso y delante de todos.

—Pero yo..., en verdad... —intentó defenderse ella.

—¿No pretenderá pedirnos que coloquemos un ascensor para discapacitados? —la interrumpió abruptamente la señora Rosa Malcriados— Por amor de Dios, ni lo piense.



—Además, ¿quién lo usaría? —añadió la señora Valeria Pelear—. Solamente ella.

—Pero un día también podría necesitarlo usted... —se atrevió a replicar la señora Gordoso en voz muy baja.

—Tal vez —admitió el señor Tuerτος—, pero por ahora el problema es solo suyo. Por lo tanto, asúmalo usted.

—Disculpe, ¿con qué dinero? —murmuró la señora Luciana Gordoso— todos ustedes saben bien que soy jubilada y mi pensión no es gran cosa.

—Entonces haga una buena dieta, que además le hará ahorrar en sus gastos— se rió maliciosamente el señor Mario Rústico—. Así pasará por la puerta y podrá subir y bajar por las escaleras, sin gastar un centavo.

Todos rieron y el asunto quedó cerrado.

Para siempre.